

MI RECUERDO DE LOS ATENEOS POPULARES

ANTONIO MILLÁN PUELLES*

El primer contacto que tuve con la Asociación de La Rábida fue con motivo de una conferencia que para un Curso de los Ateneos Populares, parte integrante de esta Asociación, me pidió Vicente Rodríguez Casado, a quien yo entonces apenas conocía por no haber tenido ocasión de tratarle personalmente. Me imagino que Florentino Pérez Embid, entrañable amigo común, le sugirió que me escribiese invitándome a colaborar en el Curso.

Fui a la Rábida a dar la conferencia y, aunque en mis planes estaba el regresar cuanto antes, allí hube de quedarme nada menos que siete u ocho días —¡las vacaciones completas de Semana Santa!—, retenido por el contagioso deseo de don Vicente de que así pudiera yo adquirir una primera experiencia de lo que él llamaba el «espíritu rabideño». La irresistible cordialidad y simpatía de su notable forma de invitación me hicieron ya presentir que en ese «espíritu» de La Rábida el humano calor de la amistad sería, sin duda, uno de los componentes esenciales y de más honda eficacia. Mi esperanza quedó justificada por los hechos. Fueron unos días inolvidables, donde tanto el trabajo —conferencias, coloquios, seminarios intensivos— como el descanso —excursiones, deportes, tertulias en grandes y en medianos grupos— daban constante ocasión para la amistad que se inicia en el intercambio de los pequeños servicios y favores, y que también con ellos se va haciendo más íntima y arraigada.

Después de aquella primera experiencia, volví a La Rábida todos los años mientras fue Rector de su Universidad Vicente Rodríguez Casado, quien nunca dejó de pedirme, con suficiente antelación, que colaborase en los Cursos de los Ateneos Populares precisamente en los días de la Semana Santa. Subrayo este último dato por lo que tiene de evidente signo del inte-

* Catedrático de Filosofía, Universidad Complutense. Ex-Presidente de la Asociación de La Rábida.

rés que por aquellos Cursos se tomaban quienes a ellos asistían —obreros jóvenes y estudiantes universitarios— sacrificando sus vacaciones con el fin de participar en unas densas jornadas en las que había de aprovecharse al máximo el tiempo disponible para el nutrido repertorio de las actividades previstas.

La convivencia de obreros y universitarios fue realmente posible y fructífera gracias a la exigencia de mantenerla siempre en el nivel de una auténtica vocación cultural en todos los que en ella participaban. No podía ser de otra clase el común denominador «ateneístico» de tan diversas personas. Porque allí había de todo: pescadores, mineros, estudiantes de muy distintas Facultades universitarias, ingenieros, carpinteros, porteros, etc., etc. Los temas de las conferencias y de los coloquios tenían que ser, por tanto, de muy general interés y de ahí su carácter fundamentalmente humanístico. La filosofía y la historia, aunque no eran las únicas áreas cultivadas, tenían, sin embargo, una función claramente predominante, sobre todo en las cuestiones relativas a la dimensión «social» de la conducta humana.

Espíritu ateneístico, espíritu rabideño

El «espíritu rabideño» —según Rodríguez Casado lo concibió y lo alentó— consistía primordialmente en dos cosas: el profundo sentido de la amistad y la vocación de la cultura, mas no separadamente, sino en una unión indisoluble; y, a su vez, la cultura resultaba cifrada en el conocimiento teórico y el cultivo práctico de los valores más humanos del hombre, de los cuales se infería, por un lado, el necesario enlace con el más hondo sentido de la amistad y, por otro lado, la cabal afirmación de la libertad con la plena exigencia de la responsabilidad correspondiente. (La descripción, que en varias ocasiones he hecho, de la responsabilidad como «la gallardía y la madurez de la libertad» tuvo su origen más inmediato en las ideas que sobre la articulación de la cabal libertad y la responsabilidad plena mantenía Rodríguez Casado y que en raíz estaban inspiradas por la incansable defensa de la libertad responsable, llevada a cabo por el Fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer.)

Así se explica que en los Ateneos Populares de la Asociación de La Rábida se llevasen en paz y muy buena concordia tanta «gente» de tan diversas opiniones políticas como de hecho eran las que allí concurrían. A nadie se le preguntó nunca cuál era su personal credo político. Lo único que realmente nos importaba a todos en común es que en todos fuesen auténticos

el sentido de la amistad y el interés por una cultura esencialmente humanística, sin concebirla nunca como un mero instrumento de designios políticos, por muy serios y bien intencionados que éstos pudieran ser y parecer.

A la vista de todo ello, puede el lector figurarse cuál sería mi asombro al ver que en un libro titulado algo así como *Historia de una ambición* (y todo él referido a la vida y milagros de un destacado político de los comienzos del nuevo régimen) se incluía entre las actividades rabideñas la imposición de consignas tales como la necesidad de distinguir los hechos morales y los biológicos (o, respectivamente, entre la vida biográfica y la vida biológica). El autor, cuyo nombre no consigo ahora recordar, de este curioso libro daba así una patente muestra de su supina ignorancia no sólo con relación a lo que efectivamente acontecía en nuestras actividades culturales (donde, sin duda, el distingo en cuestión tenía cabida, pero nada más que cuando venía a cuento y desde luego nunca en la forma de una consigna dictada como un «slogan» político o cosa semejante), sino también respecto del origen de la distinción entre lo biológico y lo biográfico, ya usada con frecuencia por Morente en sus lecciones universitarias y que en definitiva se remonta a Dilthey, de quien también Ortega, maestro de Morente, la aprendió.

Por lo demás, para poder mantener la mutua irreductibilidad de lo biológico y lo biográfico (incluyendo, por supuesto, en lo segundo a lo moral y a lo estrictamente histórico) es necesario el reconocimiento de una efectiva libertad humana, y de este modo si en los Ateneos Populares de la Asociación de La Rábida se destacaba oportunamente la importancia de la mencionada diferencia, lo que se estaba haciendo no era en el fondo otra cosa que una inequívoca afirmación de la libertad indispensable para las más nobles dimensiones del ser y el hacer humanos.

«Hambre y sed de cultura»

Algunas de las ideas expuestas en mis lecciones en La Rábida y debatidas en los coloquios subsiguientes a las lecciones están resumidas y sistematizadas en mi libro *Persona humana y justicia social*. «Las páginas de este libro —afirmo en el Prólogo— son, en su mayoría, la exposición sintética y ordenada de las ideas que a lo largo de dos cursos he ido perfilando, en abierto diálogo con un grupo de amigos —obreros y universitarios jóvenes— hermanados en el interés común por los problemas y las realidades sociales de nuestro tiempo.» Y al final del Prólogo insisto: «Muchos de los desarrollos que aquí hago, y una buena parte de los comentarios que prolongan

los textos aducidos, fueron certeramente insinuados por mis compañeros de coloquio. Pero asumo, completa, la responsabilidad de mis palabras.» (Otra de las enseñanzas, prácticamente vividas, que en los Ateneos recibí fue la de evitar toda confusión de la solidaridad con un irresponsable anonimato.)

Mi experiencia de los Ateneos Populares no tuvo lugar únicamente en la Universidad de La Rábida. El mismo espíritu de ellos lo encontré en varias zonas de Madrid, en el País Vasco, en Riotinto, en Asturias... siempre con las naturales diferencias, que nadie trató de encubrir ni tampoco de exagerar. Y en todas partes pude comprobar algo que ya en La Rábida fue para mí una de las más fuertes y elocuentes sorpresas: el «hambre y sed de cultura» de aquellos obreros jóvenes y el renovado estímulo que ello constituía para los estudiantes universitarios y para todos los que podían percibirlo.

Si se tiene esto en cuenta, se comprende muy bien que en el Prólogo a su libro *Conversaciones de Historia de España*, expresamente escrito para los Ateneos Populares, haya podido decir Rodríguez Casado: «Nunca jamás olvidaré la enorme satisfacción espiritual que se experimenta al hablar, por ejemplo en un 'chigre' de una población asturiana, de los valores del mito griego, o en un bar de Vallecas de lo biológico y lo moral históricos.»

En todos los Ateneos Populares que personalmente conocí pude también comprobar el especial interés que despertaban las cuestiones fundamentales del Derecho Natural —empezando por la misma «idea» de este Derecho— planteadas con toda limpieza y rigor, es decir, sin la complicidad de unas semiveladas alusiones al anecdotario político concreto. En una ocasión, de la que fui testigo, el deslizamiento hacia el fácil y resbaladizo terreno de las disputas ideológico-políticas quedó cortado por un minero, que mereció el aplauso de todos los concurrentes, al decir que a lo que él desde bastante lejos había venido era a conocer lo que nos pudiera unir a todos no lo que pudiera separarnos.

¿Debería actualmente prolongarse —o, mejor, renovarse— la experiencia de los Ateneos Populares de la Asociación de La Rábida? Yo me aventuro a responder que sí. Con el mismo nombre, o con otro; con fórmulas parecidas, o con otras muy diferentes; pero, sin duda alguna, con la misma ambición y con el mismo estilo de los que llamaba don Vicente el «espíritu rabideño». Este espíritu no ha agotado sus posibilidades con la experiencia ya hecha. Aún tiene ante sí un futuro. La formación de una «conciencia social» enraizada en una cultura esencialmente humanística, y reforzada por la virtud de la amistad, sigue tan necesaria como antes, y no son el Estado ni los partidos políticos el mejor instrumento para ello.